



Memoria Orfebre en la joyería contemporánea

A los orfebres que viven en los más escondidos paisajes y continúan en la vital insistencia creativa del adorno.

LILIANA REYES OSMA

**Las fotografías son todas de la autora, salvo indicación diferente*

Mujer Barbacona con zarcillos tradicionales.

Esta investigación, producto de una beca otorgada por Colcultura, 1992, en el área de creación en joyería, busca contribuir a rescatar elementos tradicionales e históricos de la técnica de la joyería contemporánea en las regiones de Mompós, departamento de Bolívar; Condoto, Itsmína y San José, en Chocó; Barbacons y El Charco en Nariño y Guapi, en el departamento del Cauca. La investigación consistió en visitar algunos maestros orfebres de las regiones nombradas, para conocer sus talleres y las condiciones de trabajo y registrar fotográficamente las joyas realizadas antiguamente y las que se producen en la actualidad. Finalmente, para la Beca de Creación de Colcultura realicé cincuenta y nueve joyas, utilizando técnicas tradicionales, inspiradas en la experiencia vital que me produjo la interiorización del viaje.

Abstract: The author, a jeweller, travels around different colombian regions where indigenous, mestizos and black people practice traditional jewellery to learn about it. Her notes and photographs rescue the art of goldsmiths from Mompox, lower San Juan river, Condoto, Barbacons, El Charco and Guapi.

El desarrollo artesanal de la orfebrería, en lugares tan distantes como Mompós, en el departamento de Bolívar, Barbacons en Nariño, Condoto y San José en el Chocó, por una física necesidad de supervivencia, siempre ha sido un oficio tan cotidiano y normal que se convierte en algo similar a las labores que a diario desempeñan las mujeres.

En mi condición de artesana en el trabajo de los metales, visité a orfebres y compartí con ellos la riqueza y sabiduría de sus tradiciones y experiencias, lo que me permitió cotejar historias conocidas y desconocidas, y a la vez adentrarme en aquellas extensas geografías. Entonces, ante la visión de aquella exuberancia humana y natural, me hice una pregunta, quizás muy elemental: ¿por qué el oro pasó a manos de los orfebres negros y dejó de pertenecer como tradición, a los indígenas? Regresé a una historia de barbarie y de violencia, en la que sólo nos ha quedado como imagen, la muerte y un dramático olvido.



Figura 1 : Piezas de Mompós (Foto: Raúl Henao)

Los oficios cambiaron de manos a la fuerza, por la imposición de la Conquista. Al cambiarse los oficios, se perdieron hitos y huellas de una continuidad de creación, la imaginación terminó por extraviarse en las selvas y las montañas.

Los indígenas fueron sacados de las minas y reemplazados por los negros, en un brutal proceso de intercambio de la mano de obra. Los negros proveían la fuerza necesaria para cumplir la devastadora ambición de los conquistadores españoles, en la sed del oro.

Los indígenas fueron relegados por su debilidad física, y el olvido del arte en el trabajo del oro se impuso sobre ellos como una enfermedad endémica. Ahora los ríos se comparten entre indígenas y negros, los indígenas cruzan las aguas de los ríos y pescan, los negros viven de sol a sol de la minería del oro. Históricamente se ha plasmado el olvido de un oficio. Fue como la primera constatación en este viaje.

Así como subsiste el olvido de un oficio, subsiste la memoria en símbolos y técnicas en la orfebrería precolombina, elaborada con una hermosa y prodigiosa sensibilidad.

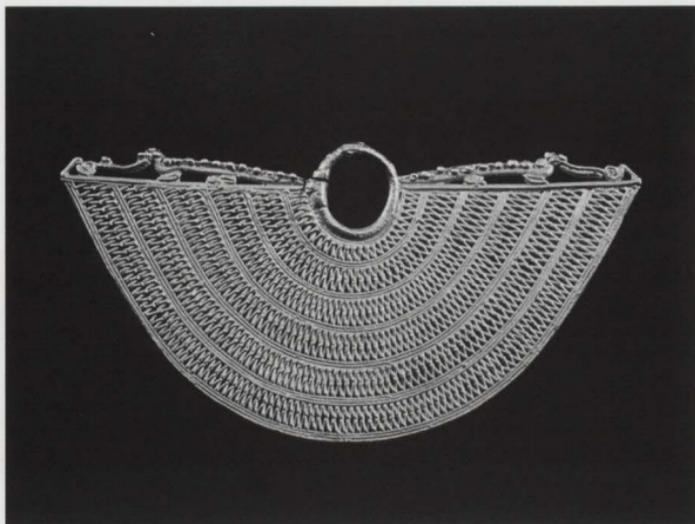


Figura 2 : Nariguera Sinú, M.O. 4.295

Si intentamos descifrar esos símbolos y descubrir esas técnicas, podemos apreciar el oro no simplemente como el deseado metal, sino como el medio que nos ha permitido mantener una historia viva de un oficio, que aún nos deja valiosas enseñanzas. Las huellas no se han perdido totalmente.

Mompós

Desde el aire, la blancura de un pueblo extendido a lo largo del río Magdalena. Río silencioso vecino de una población silenciosa, carente del canto de los pájaros y de la sombra del monte. Al recorrer las calles de Mompós, encontré un pueblo de orfebres, artesanos de la madera, y familias dedicadas al trabajo de la imaginería religiosa. Santos labrados por doquier. Artes aprendidas por tradición de padres y abuelos, porque se abrió los ojos a la vida en medio del martilleo en los talleres, escuchando palabras que se dijeron en voces como al descuido, pero que guardan la memoria que hoy hace posible continuar con estos oficios.

Un intenso olor a humedad y la presencia del tiempo detenido, el bullicio de la vida del puerto a donde llegan enormes planchones cargados de plátano, madera, chatarra y basuras; los burros entran tranquilamente a los planchones, a darse un paseo por entre las cajas de cerveza. Un pueblo de afluencias.



Figura 2: Weguerreje

Mompós es un extraño lugar. A determinadas horas del día, el calor sofoca y apabulla tanto que sólo dan ganas de hamacarse. Abruma el sudor en el cuerpo. Lo sentía, el sopor había penetrado en el alma de sus habitantes, como si el tiempo suspendido en una época colonial, no les dejara vivir ni respirar la contemporaneidad. Los mayores son gente temerosa y recelosa de que sus secretos ancestrales sean conocidos y divulgados por oídos de extraños.

No obstante, encontré al *Mañe* Gutiérrez, orfebre momposino que, preocupado por esta situación, abre su taller para aprendices locales que se quieran iniciar en el conocimiento de la filigrana. El *Mañe* Gutiérrez no quiere entierro de tercera clase para la tradición de su oficio.

Hay poco oro en Mompós. El que llega lo traen personas del lugar que se dedican a comercializarlo. Traen oro de chatarra, probablemente joyas en desuso que van a parar a las prenderías de los pueblos cercanos; también oro puro comprado en el Banco de la República, donde anteriormente los artesanos reconocidos tenían un carné —que ya no existe ahora—, con el cual obtenían mejores precios. El material llega a los talleres, como al taller de don Luis Guillermo Trespalcios, reconocido orfebre y maestro

momposino, quien ha formado gran parte de los artesanos que continúan con el oficio. De don Guillo puede decirse que es el eslabón entre la memoria precolombina y la joyería contemporánea. En su taller ha logrado, con la técnica de la filigrana, lo que antaño trabajaban los Zentues con la técnica de fundición a la cera perdida. Obtiene piezas realmente valiosas y magistrales.

En una casa grande y colonial con un enorme jardín y un aljibe para tiempos de sequía, un patio preñado de naranjos y matas de rosas siempre florecidas, está un taller que en sus buenas épocas albergó a más de dieciocho orfebres, entre aprendices y oficiales. Ahora sólo son tres personas quienes laboran en el lugar. Sus herramientas son toscas y las condiciones de trabajo precarias, pero la situación adversa no les impide hacer un trabajo por completo pulido y hermoso. Don Guillo se encarga de conseguir el material, pesarlo, comprarlo y probarlo. El mismo lo purifica lo reparte entre sus oficiales, Roberto Menco y Jaime Tafur, con quienes trabaja hace más de veinte años. Ellos son los encargados de elaborar las piezas que salen al mercado: mariposas de filigranas en alto relieve, aretes inspirados en las clásicas orejeras Sinú, cruces de **carabaca** caladas, esclavas y aretes de rosas y anillos de esclavas.

Roberto y Jaime llegan al taller a eso de las nueve de la mañana y colocan las mesas en el lugar más fresco y donde hay mejor luz para trabajar. Un par de hombres fuertes que hablan poco y logran hacer con sus manos piezas muy delicadas, cuando manejan el hilo de filigrana con el que a diario tejen su historia.

El maestro Trespalacios se encarga de supervisar el trabajo desde la entrega del material hasta cuando la pieza está terminada. Luego de asegurarse de que está perfecta la coloca a la venta. Guarda sus diseños con esmero y celo profesional en dibujos y plantillas, que él mismo ha elaborado a lo largo de su vida y que sigue utilizando para hacer joyas fieles al original. Al ver las fotografías de las joyas, se evidencia el poco o ningún cambio en los diseños, pero en la elaboración de cada una de las piezas que repite, se mantiene la calidad del primer diseño.



Figura 3: Cuentas de gargantillas Waunanas

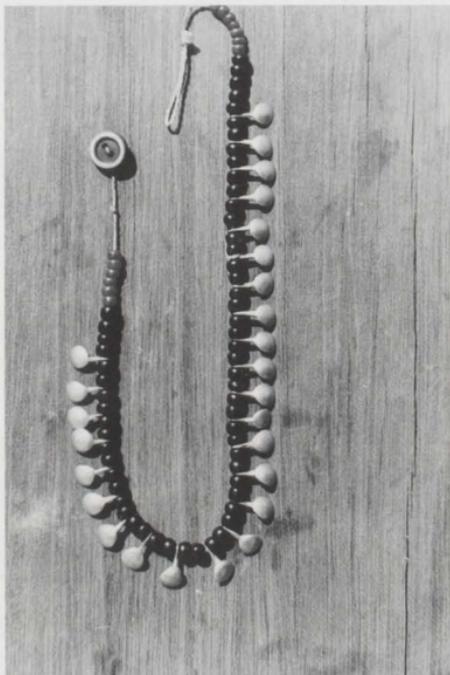


Figura 4: Gargantillas Waunanas

Bajo San Juan

Estuve en San José, comunidad indígena Waunana del bajo río San Juan, en el Chocó, observando la elaboración de las cuentas de sus gargantillas, pequeñas piezas trabajadas con monedas que dividen en tres partes. Utilizan como herramienta para cortar el metal un trozo de machete y moldean las formas con golpes de martillo y lima. Las formas más usuales de las cuentas son canaleta, abeja, cucarrón, lanza y cucharete, aunque existen variaciones, según la inspiración del artesano. Le preguntaba a los jóvenes orfebres si ellos tenían recuerdos o poseían algunas gargantillas que tuvieran cuentas hechas de oro o de platino. Para mi sorpresa, no conocen el platino, y el oro nunca lo han trabajado. Los indígenas de mayor edad tampoco recuerdan haber tenido metales finos en sus gargantillas tradicionales. Observé que como adorno usan una argolla en la oreja hecha de alguna vieja moneda de plata. Me enteré que el oro sí le gusta a los indígenas del Bajo San Juan, pero les asombra la forma que se le da al metal. Volví a la pregunta inicial: ¿por qué a los indígenas se les olvidó el valor ancestral del oro? Quizás la respuesta entraña el daño causado y prefieren el olvido. Los recuerdos abren heridas históricas.

Continué el viaje a lo largo del San Juan y en sus orillas y poblados vi las mismas gargantillas hechas con chaquiras y monedas actuales, aunque privilegian las monedas viejas que poseen un mayor porcentaje del metal fino, como la plata. «Las de ahora —me decía un indígena— ya no dan buen brillo cuando uno las termina...»

No era una cuestión de oficio ni de sensibilidad. Como una repetición incesante, encontré la misma historia de las gargantillas en las comunidades de Pangala y Chaggie, situadas sobre el río San Juan. Hoy en día las elaboran con monedas de un peso o de veinticinco centavos ya salidas de circulación, o bien con trozos de aluminio restantes de objetos caseros. Es el paso del oro a la utilización de los materiales reciclados.

Lo valioso de la experiencia, es conocer que estas cuentas elaboradas con herramientas rudimentarias, logran, a pesar de esa circunstancia, verdaderos objetos ornamentales, importantes y representativos en la cultura material de la región. Los adornos que cuelgan de sus cuerpos, ya inconfundibles, hacen parte de su propio ser. Se les ve el orgullo de poseerlos.

Para aquellos artesanos no hay ningún misterio en sus formas, tampoco existe la preocupación por ningún tipo de innovación. No obstante, las formas se siguen repitiendo desde tiempos inmemoriales. Ellos afirman que lo hacen por ociosidad, pero no es un tiempo perdido, por el contrario, esta labor es pura tradición y las cuentas siguen adornando el cuello de sus jóvenes esposas.

Condoto

Corre endemoniado el río San Juan por el embrujo de tantas historias, la selva carcomida por enormes retroexcavadoras que mueven la raíz de la tierra sin ninguna compasión, y arrasan con todo.

Figura 5: Don Emiliano Mosquera en su taller de orfebrería en Condoto.





Figura 6: Alfonso Córdoba, el «brujo», laminando oro chocoano.

Caen enormes y centenarios árboles, caen los nidos de pájaros que se pierden entre el barro, huyen despavoridas las aves y las serpientes, se ahoga la vida en la selva entre los breñales amontonados. Es el costo de la gran empresa de la búsqueda del oro. Por el contrario, la minería artesanal no causa tantos desastres ecológicos. Es el oro que más tarde vería trabajado en alhajas por los orfebres negros del Chocó, en lugares como Itsmina, Condoto y Andagoya. El mismo oro que vería brillar en las húmedas mesas de los artesanos tradicionales de la Costa Pacífica. El oro como materia prima mantiene viva la tradición orfebre en la zona. La belleza del adorno unida a un sino de destrucción.



Figura 7: Cadena grano de café.



Figura 8: Aretes de "dormilones". Zarcillos.

En Condoto tuve el privilegio de que don Emiliano Mosquera me dedicara un poco de su tiempo. Orfebre de 89 años, joyero desde 1992, pasión por el brillo del metal. El barre el polvo que entra a su casa, lo recoge, lo cierne y lo guarda hasta que tiene el suficiente para sus crisoles. Su secreto profesional, secreto de vida, continuidad cotidiana que amanece y se cubre con la noche.

Figura 9: Aretes de "dormilones". Zarcillos.



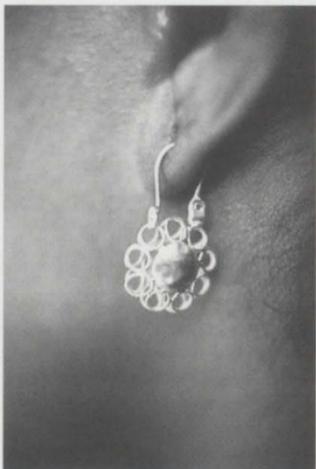


Figura 10: Zarcillos de canasta.

No es una mentira, parece irreal, pero don Emiliano guarda paciente y celosamente, el polvo que mezcla más tarde con barros finos, amasándolos, dándoles forma y quemándolos para sacar sus propias cucharas (crisoles), donde funde el oro con el cual trabaja sus alhajas. La más simple filigrana exige un trabajo dispendioso de sus manos, ya antiguas en el oficio, de sus ojos que no han perdido la esencia de su mirada.

Hay que estirar los hilos hasta que se vuelven casi invisibles, entorcharlos entre dos tablas para volverlos dos en uno y luego pasarlos por las masas del laminador, de donde sale la cintilla que permite hacer los rellenos de las joyas. A los rellenos se les llama pandero, lágrima y bastón. Los nombres tienen su hálito de misterio.

Don Emiliano relató el amor que guarda por su esposa, hace doce años fallecida, cuando me dijo entre susurros: «era mejor orfebre que yo, y yo le enseñé. Una tarde se fue para siempre y me dejó solitario en este taller». Escucha el martilleo, escucha sus pisadas, su presencia aún lo sigue habitando de cuerpo entero. La más sencilla flor hecha de seis pétalos con la más invisible soldadura limada por sus manos, es de una belleza y calidad increíbles. Un taller suspendido en el tiempo, inundado por la humedad y el calor agotador, donde la herramienta reposa en vasijas de plástico cubiertas con petróleo para que el óxido no acabe con ellas, lista para quienes quieran venir a aprender el oficio. En estos lugares no se enseña sino que se aprende entre el quehacer de los mandados y la compañía al abuelo, un contador de nostalgias.

Alfonso Córdoba, *El Brujo*, músico, cantante, compositor, estudioso de la tradición negra del Chocó en todas sus variantes, es uno de los pocos orfebres que he encontrado que tiene el secreto de fundir el platino —a 1.800 grados— artesanalmente. Aquí los secretos cuentan para el futuro de la supervivencia individual. Por ejemplo, existe la tradición de que los orfebres del Chocó utilizan una planta que hace los metales más maleables. Me dediqué a indagar, pero nadie me reveló el secreto porque hace parte de su historia y la historia les pertenece. Historia que está en sus manos y en sus pensamientos. En el Chocó, donde la fuerza del paisaje y de sus ríos responde a la fuerza de su raza, todo se pierde y se esfuma, yace y se descubre el oro, y el metal se va, dejando pueblos míseros y olvidados.

Entre la joyería tradicional de los negros chocoanos, existen los prendedores llamados de barras de donde cuelgan dijes que representan las herramientas de minería: el cacho, la batea, el almocafre, la vetadora, pa-las y mates. Joyas que junto con los zarcillos llamados dormilonas, guardan una memoria precolombina evidente en la manera como han sido elaboradas. Otras joyas del Chocó son: cadena de siete y una, de tres y una, grano de café, gargantilla de gusanillo, entre otras. Actualmente elaboran zarcillos estampados con matrices tradicionales.

Hasta 1970, los *turcos* de diversas regiones iban hasta Condoto a encargarse de joyas, se les facilitaba porque eran dueños de compañías mineras, explotadoras de oro. Encargaban leontinas, llaveros, gargantillas. Los pobladores recuerdan que eran piezas muy pesadas, que alcanzaban hasta los diez castellanos de oro.

Barbacoas

Para continuar con el andar viajero, llegué al departamento de Nariño, tierras suspendidas entre los más hermosos paisajes, montañas gigantescas que dan la bienvenida, que invitan a adentrarse en ese mundo de la artesanía. Cuando se camina por sus parajes y se despeja la bruma, la sensación que se siente es que todo está hecho por artesanos. Las casas parecen amasadas por quienes las habitan, las tejas se pierden entre las eras de cebolla y los cultivos de papa, hechas con el barro maravilloso que tanto nos ha dado que sentir, con el que se modelaron utensilios en la cerámica precolombina Capulí.

Figura 11: Taller de orfebrería en Barbacoas.





Figura 12: Taller de orfebrería en Barbacoas.



Figura 13: Cordones tejidos con hilos de filigrana.



Figura 14: Candongas de media luna.



Figura 15: Cadena de filigrana con cuentas repujadas.



Figura 16 : Par de candongas y partes de un par de aretes de barco en proceso de elaboración.



Figura 17: Don Pedro Cabezas

Lo más bello de Nariño es encontrar que todas estas artes están vivas y continúan entregándonos excelentes trabajos en la talla de madera, en la cerámica, en el barniz y por supuesto, en la orfebrería. Hay que cruzar una vasta selva para llegar a Barbacoas, viaje infinito para arribar a la pequeña población de tres calles que conducen hasta el puerto sobre el río Telembí. Río con sus canoas, sus cargamentos de plátano, su iglesia, sus orfebres y su oro, **jolgorio** que todos hemos olvidado con el paso del tiempo. Caliente y lluvioso como todo el Pacífico; orfebres que trabajan con la nostalgia de mejores tiempos, cuando se hacían joyas con onzas y onzas de oro, verdaderas obras de arte donde sólo contaba la pasión y la creación de manos expertas. Piezas tales como sus famosos cordones tejidos en hilos de oro, hilos manejados con armonía y destreza, para darle continuidad a la tradición orfebre en Barbacoas.

Pero el destino de los orfebres ha cambiado. Antes hacían parte de una casta dirigente, quienes trabajaban el arte plumario ocupaban el primer rango de importancia en las sociedades prehispánicas, los orfebres le seguían en la escala social. Ahora están relegados a un futuro incierto, tan incierto, como el mañana del resto de la población. El oro sigue llegando a los talleres, aunque en mínima cantidad para el trabajo diario. El oro brilla en las bateas de totumo colocadas sobre las mesas de trabajo de los orfebres. Sin energía, sin agua, se continúa tesoneramente haciendo orfebrería tradicional a la luz de una vela.

Algo que asombra en estos lugares, es el manejo del color del oro, secreto que guardan con mucho celo. Dar color, *deborraje* lo llaman en Barbacoas, proceso que admiré y observé en los talleres. Una vez el orfebre ha terminado la pieza de oro se procede a darle color: el taller se transforma en una cocina improvisada entre los frascos de gasolina, las velas, los trozos de madera, la piedra pómez, las pencas de cabuya, los totumos. El fuego se aviva, levanta vuelo. En la forja se colocan unas pequeñas y resistentes ollas de barro y el experto en hacer el proceso vierte en las vasijas sales y alhajas, hace una especie de melcocha y la revuelve con mucha paciencia. El poder transformador de su alquimia da como resultado joyas templadas que tienen el color del sol avasallador, impecables. Es como si el proceso de la alquimia afirmase la huella del artesano que la hizo.

En Barbacoas existían joyas religiosas de incalculable valor. Hoy en día dejó de existir el tesoro de la Virgen de Atocha, patrona del pueblo, porque la iglesia fue saqueada hace tres años. Un poblador relataba con dejo profundo de tristeza: «Era mucho el oro que cubría el cuerpo de la Virgen, es un trabajo que nadie lo hace hoy. La obra fue hecha por orfebres de Quito y del pueblo, hasta de Lima trajeron piezas. Muchas personas donaron oro para las joyas que adornaban la Patrona.» Lo que indica que los orfebres locales debieron dedicar décadas de paciente trabajo, en la construcción de aquel hermoso tesoro.

En general, los orfebres son muy reticentes a mostrar a personas foráneas sus alhajas, consecuencia de la violencia que se ejerce sobre la población. No obstante, en algunos locales se me permitió fotografiar piezas que ya no se fabrican: cordones tejidos con hilos de filigrana, acompañados de chorros o campanas; orquídeas de filigrana, adornadas con perlas; pulseras de escama y cadenas de doble engarce, sin olvidar las clásicas candongas de media luna. Las últimas las ví elaborar en el taller de don Efrén Quiñones, gracias a que sus oficiales Efrén Klinger y Pedro Cabezas las construyeron una tarde, cuando la lluvia invitaba a escuchar el golpe de martillo y el sonido de la forja avivando el fuego.

Encontré en un lugar pintado del más llamativo azul, un personaje que ejerce variadas profesiones: dentista, farmaceuta y joyero, entre otras. Utiliza una centrífuga manual de dentistería para hacer vaciados de cera perdida; regularmente le toma impresiones a joyas que llegan al pueblo, aunque sean de fantasía o de plata. Reproduce también modelos en cera sacados de catálogos italianos y norteamericanos, y es la única persona que trabaja otra técnica diferente a la filigrana.



Figura 18: Cuentas precolombinas

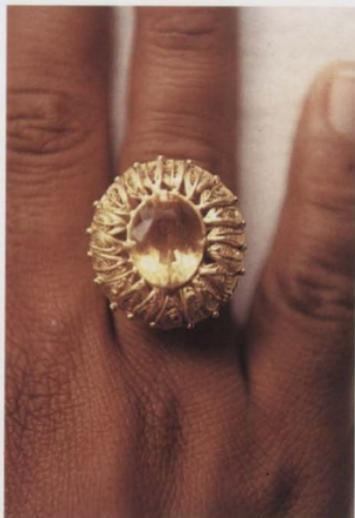


Figura 19: Anillo de topacio y filigrana



Figura 20: Anillo tejido de cola de pato



Figura 21: Filigrana y piedra.



Figura 22: Broche con filigrana, tomatillos, perlas y corales.



Figura 23: "María", medallón de cerca de 7cm. de alto que las mujeres de Guapi reciben de su esposo al nacimiento de cada uno de sus hijos.



Figura 24: Pulsera de caña.



Figura 25: Esclava en oro de Guapi



Figura 26: Cadena de un engarce.



Figura 27: Réplica de los incensarios de las iglesias.



Figura 28: Pulseras elaboradas con tejidos tradicionales.



Figura 31: Colgante de 10 cm. de alto, aproximadamente.



Figura 32: Colgante en forma de canasta.

El Charco

Me embarqué en el puerto de Barbacoas, quería viajar arriba por el Telembí. Al mirar, como hipnotizada, los reflejos que se forman en sus aguas, se entra en el alma de gigantescos árboles, que se levantan como astas coronando el cielo. A lo largo del río, vi mujeres lavando sus ropas, acompañadas del color de los racimos de chontaduro y los canastos de pescado fresco. El despliegue del color de un entorno acogedor y vibrante.

Los hijos las acompañan y juegan a la música, al tocar con gracia y ritmo, en cualquier trozo de madera. Crucé el río Patía, río color de barro, como si el color de barro guardara el intenso calor que se refleja en el rostro de sus pobladores.



Figura 33: Joya moderna de orfebrería de Guapi.

En diversos cruces de aguas apacibles, otras atormentadas, encontré la salida hacia el río Tapaje, donde se asienta la población del Charco, en Nariño. Allí hablé con un par de orfebres, trabajadores de la filigrana. A sus mesas llegan, por los hallazgos de la casualidad, cuentas de oro precolombino encontradas en el lavado del oro.

Cuentas pequeñas y decoradas que algunas veces incorporan a sus diseños y otras veces funden para hacer sus joyas. Es una lástima que así se haga, por lo que significa el hallazgo de piezas invaluable; aquí el oro es el oro y se utiliza indiscriminadamente. Otras veces encuentran vasijas de barro, pero no les prestan ninguna atención.

Guapi

Del Charco salí hacia Guapi, en el departamento del Cauca, en una voladora, atravesando los esteros. Los esteros son como la vida de la gente: sus casas se levantan entre los pantanos al igual que las gigantescas y enmarañadas raíces de los mangles, que se agarran al barro con una fuerza prodigiosa para sobrevivir a la destrucción que los tiene cercados. Llegar a Guapi es encontrar, en el Pacífico, un sitio para reposar. Allí rodé con suerte y logré retratar las joyas del orfebre Clelio Ortiz, ya fallecido.

Trabajo novedoso porque incorpora piedras finas en sus joyas de filigrana: joyas ostentosas y de gran tamaño, anillos con topacios, amatistas sostenidas en impecables monturas, tejidos de cola de pato (filigrana en alto relieve), pulseras con piedras y tomatillos, aderezos completos de coral y circonia. Lo novedoso tiene una razón, la filigrana generalmente se trabaja sola y, como adornos, se utiliza granos de oro.



Figura 29: Relicarios. Tienen entre 3 y 4 cm. de alto, contienen fotos o mechones de cabello de la persona amada.

La colección de orfebrería de la señora Marta Lucía Estrada de Martán es, quizás, la más representativa muestra de joyería elaborada en Guapi en este siglo. Ella, con una amabilidad generosa, me permitió fotografiar sus joyas: las Marías, enormes medallones con imágenes de la Virgen, trabajadas con técnica mixta de filigrana y fundición; pulseras de caña trabajadas en lámina martillada con adornos en filigrana; Cristos tallados en azabache montados en filigrana, réplicas de incensarios como dijes para llevar colgados en gruesos cordones de oro; corazones utilizados como guardapelos o relicarios, lo mismo que infinidad de alhajas trabajadas en coral.



Figura 30: Relicarios. Tienen entre 3 y 4 cm. de alto, contienen fotos o mechones de cabello de la persona amada.

En el largo viaje por geografías humanas, constaté que en Mompós la joyería contemporánea está basada en los diseños precolombinos del Sinú, mientras que en el Chocó las alhajas tienen reminiscencias africanas, y en Nariño y el Cauca la orfebrería está inspirada en el arte religioso colonial. Es decir, que en el arte del adorno, trabajada con la pasión creativa de los orfebres, sin necesidad de recurrir a la frialdad de los cuartos de un museo se puede también reconstruir lo que ha sido nuestra historia. Historia que continúa como hablándonos con la voz de la memoria, y que tantas veces, por olvido o por sordera, no escuchamos.